

AÑO V

N.º 54

EDICIONES MINIMAS

CUADERNOS MENSUALES DE CIENCIAS Y LETRAS

Director: Leopoldo Durán

MEDEIROS E ALBUQUERQUE

FLOR SECA ୨୦ ୨୦
Y OTROS CUENTOS

BUENOS AIRES

1921

JUICIOS Y OPINIONES ACERCA DE LAS EDICIONES MINIMAS.

Obras de Antonio Monteavaro.

A menudo se ha hablado de ellas entre los intelectuales. Se ha dicho que habia que reunir las todas y darlas en un tomo: todas menos las de la última época de su vida, cuentos y artículos que solia firmar por cobrar algunos pesos más de los que le darian yendo anónimos, pero que desmerecen entre el total de los trabajos.

Sin duda, el notable periodista deja su labor más característica en las páginas de "Ultima Hora". Época brillante la del colega, cuando Monteavaro estaba al frente!

Tanto su literatura amena como la labor del articulista intencionado, erudito, de estilo robusto y firme, ha quedado hasta el presente sin ser reunida. De su mérito, no obstante, da una idea el cuaderno último de esas cuidadas *Ediciones Mínimas* que dirige Leopoldo Durán, cuaderno que honra la memoria del olvidado ofreciendo al lector una novela breve y dos cuentos del mismo: "La obsesión del heroísmo", "El robo más cruel" y "Hacia el pasado".

Quizá este cuaderno, que circula entre un selecto y por lo mismo restringido número de lectores, pueda ser un incentivo en aquellos que están en condiciones de poder coleccionar la obra de Monteavaro. *La Montaña*, Buenos Aires, febrero de 1920.



Versos, por José Martí.

José Martí, poeta, no tenía hasta el presente edición popular ninguna, ni aun en su patria: menos, por lo tanto, en la nuestra.

¿Qué mucho que se halle en esas condiciones el poeta cubano, si los nuestros, Rafael Obligado, Almafuerte, no llegan, en buenas selecciones, al público lector?

"Mínimas" da ahora una edición de Martí poeta, que es un modelo de "choix". Ofrece lo mejor de "Ismaelillo", de "Versos sencillos" y de "Versos libres". Las composiciones llevan notas marginales de Rubén Darío, que juzgó al gran cubano un maestro en la lírica.

Y, en efecto, Martí lo fué, Martí fué más que eso: fué un precursor. Su "Zapatitos de cristal", tan reproducido en la antología, parece un anticipo del Rubén Darío de "Prosas profanas". Y en cuanto a su producción poética en general, ella, significa honradez, sobriedad, precisión, cualidades escasas en los tiempos de Martí, tan caracterizados todavía por la bambolla atisnante y los arrebatos de lúgubre o g. miente dramática romántica. Y sobre todo, significa esa producción salud moral, pensamiento alto y limpio. — ERNESTO B. ROJAS. *El Hogar*, mayo 28 de 1920.



Indice de lecturas: Las Obras y los Días. — Glosas de Eugenio D'Ors.

Ediciones Mínimas, en su último cuadernillo, reunió algunos artículos periodísticos de *Xénus*, el exímio y prestigioso autor catalán, que pronto nos visitará. D'Ors es el glosador por excelencia: profundo, sintético y bello en el decir.

"Mínimas", al darnos esas producciones, no hace sino que seguir la delicada senda de sus 52 cuadernillos. *El Universitario*, Buenos Aires, diciembre 15 de 1920.

**FLOR SECA y otros cuentos,
por Medeiros e Albuquerque.**

**EDICIONES MÍNIMAS.
BUENOS AIRES - MCMXXI.**

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

INDICE

	<u>Págs.</u>
INTRODUCCIÓN	V
FLOR SECA	7
EL REGALO DEL ABUELITO	17
EL HOMBRE QUE HABÍA MUERTO	23

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

REFIRIÉNDOSE a Medeiros e Albuquerque, alguien ha dicho: "nadie mejor que él ha sabido asimilarse el estilo de Maupassant, envuelto en yo no sé qué atmósfera renovada de Edgar Poe" Los cuentos que publicamos aseveran la propiedad de ese juicio y evidencian, además, que es poseedor de la facultad poética de convover. Como que es un poeta, y con un libro de versos, titulado *Pecados*, se inició en las letras, en 1889, seguido de *Canções da decadencia*. A Medeiros se debe la introducción en su país de las primeras manifestaciones del decadentismo francés. El comentó e hizo conocer en Brasil las producciones de Ghil, Mallarmé, Verlaine, Moréas, Merrill y otros corifeos de la mencionada escuela. Cruz e Souza, artista de sangre africana de cuyo *Missal* tradujo al castellano algunas bellísimas páginas Ricardo Jaimes Freyre, secundó esa campaña de Medeiros con admirables realizaciones estéticas. Además de las obras citadas, Medeiros escribió las siguientes, en verso: *O Remorso* y *Poesias*, y en prosa: *Um homem practico* (cuentos),

Mãe Tapuia (cuentos), *Que é uma emoção?* (estudio de psicología), *Contos escolhidos*, *En voz alta* (conferencias literarias) y *O escandalo* (drama).

Talento fecundo, equilibrado y complejo, tuvo tiempo todavía para fundar y dirigir el "Figaro", diario que apareció desde 1892 a 1894, colaborar diariamente en "A Notícias" y recibirse de numerosos cargos administrativos y honoríficos que le hicieron renunciar finalmente a la vida de las letras por la política.

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

FLOR SECA

LEONOR había pasado toda su vida en la quietud monótona de la aldea. Fué joven, fué bonita, pero dejó que su juventud y su belleza se marchitaran estérilmente. Vegetó al lado de su tío, a su sombra cariñosa pero egoísta. ¿Había tenido algún amor? Nadie podía decirlo. Sabíase que habían pedido su mano, pero que la negó siempre. Era sencilla y buena. Ahora andaba por la casa como una figura silenciosa, deslizándose levemente, más vieja de lo que debían acusar sus cuarenta y nueve años. Pero tan menuda, tan frágil, tan delicada, desgastábase en la actividad de tener la casa siempre en orden. Tenía la manía del aseo. El piso, los rincones, las puertas, los cristales, las cerraduras de metal, todo ostentaba una limpieza, un esmero indecibles: brillaba, resplandecía, parecía nuevo. Hasta lo que ya no podía ocultar la edad resultaba, quizá, más viejo por la exagerada y constante limpieza que por el tiempo. Pero en la casa entera no se encontraba un grano de polvo, ni un lienzo, ni una toalla que no estuviesen blanquísimos, de una blancura inmaculada. Cuando entraba en una sala cualquiera, su mirada inquisidora la recorría de extremo a extremo, para descubrir la menor infracción a los preceptos de su ideal de limpieza absoluta. Sólo había una pieza que causaba, no su desesperación, porque era incapaz de toda sensación violenta, pero sí su tristeza: era la biblioteca de su tío.

El viejo Antero había sido profesor. Tuvo, también, en una ciudad próxima, un colegio que en su tiempo fué muy frecuentado. Allí enseñaba el portugués, la geografía, la historia y el latín, — sobre todo el latín. Apenas tenía otro maestro para el resto del curso, de modo que el trabajo no podía estar muy dividido. Enseñaba las otras materias por necesidad económica, pero el latín era su pasión. Su padre había sido profesor, también, y por allí comenzó su educación.

El colegio no llegó propiamente a enriquecerlo; pero le dió lo necesario para vivir tranquilamente, sin trabajar, entregado al ocio delicioso de sus lecturas. Estas lecturas eran siempre las mismas: Horacio, Virgilio, Ovidio... los autores usados en las clases y fuera de éstos muy pocos más: Cátulo y Juvenal. No buscaba, siquiera, otros escritores.

Los que enseñara durante tantos años, lo seducían aun. Todos los días pasaba horas enteras en su biblioteca, leyendo y releyéndolos, ora en voz alta, declamando enfáticamente, ora con una cadencia convencional, recuerdo de los tiempos de clase, dividiendo los troqueos, los dáctilos y los espondeos, para enseñar a los alumnos, marcando con una regla con que golpeaba la mesa, la separación de cada pie métrico. Al final de cada verso enumeraba los pies que lo componían:

Mece-
nas atavis
edite re-
gibus.

Espondeo, coriambo, coriambo y yambo. Y así se pasaba las horas, leyendo páginas y más páginas. Funcionaba entonces como una máquina. Era evidente que no prestaba atención en tales ocasiones ni a la mayor belleza de lo que estaba recorriendo, porque leía de corrido, siempre con la misma inflexión de voz, atendiendo solamente a la división de las sílabas y a la acentuación de los pies, cantos enteros de Virgilio y de Ovidio, docenas de odas y otras composiciones del viejo Horacio.

Entretanto pensaba escribir una grande obra: "Bellezas de los autores latinos". Para esto vivía tomando notas. El libro debía abrirse con un prefacio que ya había escrito más de seis veces y roto otras tantas para rehacerlo, prefacio en que lamentaba la decadencia de los estudios clásicos y en que trataba de probar que el que no sabe latín no sabe nada: hasta, en su opinión, los trabajos manuales de la agricultura ganarían mucho siendo hechos por quien conociera a fondo las Bucólicas de Virgilio! A esta introducción debía seguir el análisis de cada una de las bellezas de los grandes autores. Pero la verdad es, que poco a poco iba aumentando indefinidamente esta lista de "bellezas". Cada día tomaba nuevas notas. No había expresión que no le mereciese una apología especial en largas explicaciones eruditas. Por fin, estos interminables comentarios llegaban a llenarle los cajones y atestarle la mesa. Algunos rodaban por el suelo, junto al sofá en que se tendía para saborear sus eternos autores. Una vez, su sobrina, aprovechando su ausencia, pensó en arreglar seriamente todo aquello. Pero el viejo Antero, en cuanto vió lo que había pasado, casi se volvió loco. Prohibió, prohibió a gritos —él, que era la mansedumbre personificada,— que su sobrina volviera a tocar nada en su biblioteca. ¡Que arreglase lo que quisiera, menos sus libros y sus papeles! Sólo él entendía aquéllo.

—Basta con que yo sepa, — decía, — dónde están las cosas; para esto, sólo para esto se procede a acomodar!

Y la verdad es que en medio de aquella aparente confusión, el profesor descubría cuanto necesitaba. Después se quedó sentado y Leonor juró a sus dioses que nunca volvería a poner los pies allí. No sólo se abstendría de su furia limpiadora, sino que no vería siquiera aquella parte de la casa. La enfermaba pensar en la desorganización, en la polvareda que allí reinaría. Aquello, decía, "era un horror". Si iba alguna visita, el tío se esforzaba por llevarla a la biblioteca y la sobrina por impedir-

lo. Se avergonzaba de que alguien pudiese ver semejante desorden.

La famosa biblioteca era una especie de alcoba; no pasaba de ser una salita estrecha, en la que había cuatro estantecitos de hierro, una mesa, un sofá y dos sillas. Uno de los estantes estaba lleno de viejos libros de clase muy maltratados, pues habían servido a varias generaciones de alumnos. De vez en cuando, el viejo Antero deseoso de distracción, decidíase a tomar un chico cualquiera para enseñarle latín, gratuitamente, por gusto.

Echaba de menos a su último discípulo. Era, efectivamente, un buen chico. Hijo de un médico del pueblo, quedó huérfano muy niño. La madre lo educaba cariñosamente, pero con un celo tal que el chico se hizo afeminado. Era delicado y tímido; parecía una niña. En la aldea llamaban a la casa de la viuda, la casa "de hablar bajito", porque se decía que, a cada momento, la madre recomendaba:

—¡Habla bajito, hijo! — y así era como hablaba ella.

El médico había dejado lo bastante para que pudiesen vivir en una honesta medianía. Y eran dos situaciones por decirlo así paralelas, la del profesor con su sobrina y la de la viuda con su hijo, dos parejas ociosas y buenas, en la calma de la aldea, aldea que quedaba lejos de los ferrocarriles, olvidada del bullicio de la civilización. Cuando el chico, Mario, cumplió los doce años, el profesor comenzó a enseñarle las primeras letras y el latín; el latín, es claro, constituía para el viejo las "primerísimas letras", y sin eso no había para él educación posible.

La enseñanza continuó durante tres años, con notable aprovechamiento. Pero no progresó únicamente la enseñanza... Sucedió lo que tenía que suceder: El hijo de la viuda y la sobrina del viejo Antero, ambos criados en una reclusión casi completa de relaciones, acabaron por quererse mutuamente. ¿Era aquello amistad o amor? En la geografía de los sentimientos estas dos regiones no tienen límites definidos, y menos en la edad de ambos.

Se veían, se gustaban, pero nunca habían cambiado dos palabras que no pudieran oír los demás. Lo que revelaba su cariño era el éxtasis en que se quedaban ambos al hallarse solos, frente a frente. Leonor andaba entonces en los trece años y el niño en los quince.

La madre del chico pensó en llevárselo a la ciudad, para que estudiase derecho. Quería hacer de él un "doctor en leyes".

—¿Para qué, doña Angélica? Sobran los doctores y faltan los labradores — decía el viejo Antero. — El chico no necesita ganarse la vida; deje usted que la goce.

Pero doña Angélica no era de la misma opinión. Creía que el hijo debía tener una profesión cualquiera. .

—Sólo que él no quisiera venir, — decía, — porque yo no pienso obligarlo; pero tendría con ello un gran disgusto. . .

Mario vacilaba entre la idea de dar un disgusto a su madre y el deseo, el deseo inmenso de quedarse, de quedarse por Leonor. Sólo entonces, ante la inminencia de su desgracia, ambos sintieron cuán indispensables eran el uno para el otro. Lo sintieron, pero no lo dijeron.

La timidez de aquellas dos pobres criaturas marchitas a la sombra de un cariño excesivo, era extrema. ¿Cómo vencerla? No lo sabían; no hallaban palabras; no encontraban la oportunidad. . . Apenas si sus silencios eran más largos que antes. La amargura próxima les impedía ya todos los juegos, todas las sonrisas. A veces quedábanse con los ojos colorados, casi saltándoseles las lágrimas; pero siempre les faltó el valor de las confesiones supremas. . .

Por fin se determinó el día de la partida. Mario fué a casa del profesor con doña Angélica, que le dió la noticia.

—De modo que usted insiste. . . Ojalá no se arrepienta después. . . — dijo el viejo Antero.

—Dios no lo permitirá. Era el deseo del padre.

es también mi deseo, y Mario no se niega. ¿Por qué me habría de arrepentir?

Cuando dijo "Mario no se niega", Leonor alzó hacia él los ojos dolientes y quejumbrosos:

¡Los labios mienten,
los ojos no!

Aquellos ojos decían claramente: "¿Con que de veras te quieres ir?" Y como iban a llenarse de llanto, Leonor se levantó y salió. Mario comprendió la queja. Pero, ¿cómo oponerse a la voluntad de la madre? El profesor decía, entre tanto:

—Al fin y al cabo, quizá tenga usted razón. Los corazones de madre son los más previsoros. Nadie debe dificultar la voluntad de una madre en beneficio de su hijo.

Mario salió también de la sala dirigiéndose a la biblioteca. Al día siguiente, víspera de la partida, daría todavía su última lección: el repaso general de cuanto sabía.

—¡Quiero que dé un brillante examen! — había dicho el viejo Antero.

Pero el muchacho no pensaba en aquel momento ni en exámenes ni en latines...

Entró en la biblioteca y se encontró con Leonor, que estaba de bruceś sobre la mesa, llorando. Esto sólo duró un instante. En cuanto lo vió, levantóse confusa, turbada. Comprendió que era preciso decir algo, y dió una disculpa ridícula:

—Estaba arreglando los libros, pero no puedo más del dolor de cabeza... Creo que este libro es tuyo... y le presentó un volumen.

Era un tomo de Horacio. En la cubierta en grandes letras se leía: "Quinti Horatio Flacci, opera". Pero ni el uno ni la otra pensaban en ello. El libro, mal dado y mal recibido, cayó al suelo, abierto. Mario tuvo, entonces, un momento de valor:

—Oye, Leonor, si tú quieres, me quedo...

Leonor palideció. Quedóse sin movimiento, sin palabras, helada de emoción. Vencido el primer obstáculo, Mario sintióse capaz de ir más lejos.

Agachóse para recoger el libro, sobre el cual tendría que disertar todavía al día siguiente. De entre las páginas habían caído varias tiras de papel con significados latinos y una flor seca, descolorida, con que solía señalar su lección. Leonor seguía inmóvil.

—Mira, Leonor, — repitió casi con las mismas palabras, — ahora todo depende de tí...

En esto oyeron que el profesor y doña Angélica se levantaban. Quizá se dirigiesen a la biblioteca... Mario supuso que Leonor vacilaba... Tomó, pues, una resolución, resolución pueril, procedimiento de criatura; pero que al fin y al cabo, podía servir tan bien como otro cualquiera. Y le dijo, de prisa, antes de que llegaran la madre y el viejo: —Mañana vendré a dar mi última lección. Piensa esta noche, y si quieres decirme que sí, para que me quede, escribe una S en esta flor seca y ponla en mi libro.

No pudo agregar nada más, porque el viejo Antero y doña Angélica entraban ya. ¿Habrían notado su cariño mutuo? No es probable. La viuda seguía repitiendo:

—Haré lo que él quiera; pero me parece que debe ir; ese fué siempre el deseo del padre.

¡Decididamente, la conversación no salía de ahí!
Y Mario se fué...

Al día siguiente no encontró la flor en el sitio convenido. ¿Por qué?...

Se fué; pero se fué triste, lleno de amargura, acusando a la joven de ingrátitud. Se fué, pero no adelantó nada. Verdad es que estudió. Verdad que hizo su curso de derecho. Pero durante todo aquel tiempo vivió junto a la madre, que llevaba su desvelo hasta acompañarlo todos los días a la Facultad y dejarlo a la puerta, como si se tratara de un chiquillo. Era cada vez más reconcentrado y tímido.

Aquel cariño exagerado convirtiéndose para él, en la vida, como la sombra de un árbol excesivamente frondoso que cubre perpetuamente a un arbusto para protegerlo. Lo protegía, impidiéndole crecer.

robándole el aire, la luz, la libertad! Cuando le faltaban algunos meses para bachillerarse, la madre murió. Mario se volvió inmediatamente a la aldea. Allí vivía retraído, dedicado a sus libros. Al mismo viejo Antero lo visitaba apenas, dos o tres veces al año. Más frecuente era que lo buscase el profesor. Mario no perdonó nunca del todo la ingratitude de Leonor. No que la tuviese odio. ¡Al contrario! Conservábale la misma simpatía. Pero, como le había rehusado su cariño, consideraba que ya no valía la pena de pedirle nada.

¡Y así envejecieron, tan lejos y tan cerca uno de otro! Vivían a pocos pasos de distancia y no trataban de verse. Leonor tuvo quien la quisiese, pero rechazó todos los partidos. Había perdido el único sueño de su vida. Se secó, se empequeñeció, hízose una viejecita minuciosa y maniática, siempre al cuidado de la casa, limpiando infatigablemente pisos, muebles, rincones, vidrieras...

Un día el viejo Antero murió. Tenía sesenta y nueve años y no había terminado su libro "Las bellezas de los autores latinos". "No he tenido tiempo" — explicaba. Murió serenamente, pacífico, tranquilo, conservando hasta el último instante toda su lucidez.

—Hijo mío — decía a Mario, que a los cincuenta años tenía la cabeza y la barba blanca — tú puedes aprovechar perfectamente los materiales que dejo reunidos. Complétalos: será una grande obra.

El mayor pesar que se llevaba al otro mundo era el de "no haber tenido tiempo" de acabar aquel libro que, por otra parte, nunca habría terminado porque todos los días encontraba nuevas "bellezas". "bellezas inauditas", "bellezas increíbles", en los autores latinos.

Entonces, después de la muerte de su tío, fué cuando Leonor se decidió a arreglar la biblioteca. ¡Aquel "horror" iba a acabar! ¡No quedaría allí ni un granito de polvo! Pero para no desorganizar el trabajo del viejo, pidió a Mario — al doctor Mario, como entonces le llamaba — que fuese a ver aquellos papeles.

—Yo no quiero arreglar nada — le dijo. — El pobre afirmaba que un arreglo mío lo desarreglaba todo...

Mario estaba resuelto a ver si podía aprovechar algo de aquel colosal esfuerzo que había consumido una vida entera. Pasó varios días reuniendo los libros, los papeles, los cuadernos de notas, para llevárselos a su casa. Leonor le ayudaba cuando era preciso.

Hallábase junto a Mario cuando éste abrió un cuaderno en cuya cubierta se leía: "Notas sobre Cátulo". Leonor miraba. Urgíale que aquello acabara de una vez. Sus ojos recorrían siempre el cuarto, de arriba abajo, de un extremo al otro, y solía murmurar:

—¡Ojalá pudiese barrer, limpiar, acomodar todo esto!

Pero, al abrir el cuaderno, desprendióse una flor seca. Allí estaba, consumida por el tiempo, casi desvanecida ya, la letra del "sí", la S convenida, que ella escribiera y que Mario no encontrara... Porque, por una de esas negras casualidades que la desgracia hace nacer, el tío abrió el libro, halló la flor, y como se le ocurriese una explicación de cierto modismo de Cátulo, uno de los autores que adoraba, sacóla de allí y la puso en el cuaderno de notas!...

¡Ah, si Mario hubiese sabido! ¡Si Leonor hubiera podido adivinar!...

El viejo profesor, no se había fijado siquiera en aquella S. Escribió largos comentarios sobre una expresión del poeta latino:

"La manera de expresarse del gran poeta — decía — es de rara belleza. Una insignificante flor nos trae a la memoria la concisión con que traduce la idea: "Doncella en la flor de la edad" con la maravillosa frase: "Viridisimo fiore puella"...

Y el inepto comentario seguía adelante... Y quizá ni siquiera se acordara de la frase por su perfección, sirgo simplemente porque era uno de los ejemplos del "Magnum Lexicon"...

Mario y Leonor miraban aterrados, con indeci-

ble asombro, aquella flor seca. Sin pensarlo olvidaron las fórmulas ceremoniosas que usaban entonces, llamándose "señor" y "señora". Dos ansiosas interrogaciones brotáronles de los labios:

—¿Me habías contestado?

—¿No la habías visto?

¡Qué tristeza!... Los ojos se les llenaron de lágrimas... Mario tomó la mano arrugada y seca en la suya, seca y arrugada también, y la estrechó con emoción...

—¡Sólo ahora!... — murmuró, sacudiendo la cabeza.

—Sólo ahora veo, siento, sé que nuestra vida podría haber sido otra, tan buena, tan luminosa, tan llena de amor... — esto quería decir su exclamación...

¡Sólo ahora!... Pero ya era tarde: él tenía cincuenta y un años; ella cuarenta y nueve... ¡Sólo ahora!...

Afuera resplandecía una mañana de mayo, luminosa y serena... Era cerca de medio día... Pares de mariposas revoloteaban por los prados, por las flores... ¡Tanta luz, tanto amor! Ya ¿para qué?...

EL REGALO DEL ABUELITO

LUISITA era huérfana de madre. Quedóse a los dos años en el aislamiento de una casa sin mujeres, entre el padre y el abuelo materno — el padre siempre atareado por su vida de comerciante, el abuelo tullido por el reumatismo, y haciendo largas siestas perezosas de sala en sala.

Tuvo, sin embargo, un cambio. Cuando murió su hija, dejándole aquella herencia — una chiquilla frágil y bonita — el viejecito perdió poco a poco la modorra que lo paralizaba, y olvidando el egoísmo de la edad, no se ocupó de otra cosa que de la gran tarea de quererla mucho.

Supo amarla, supo adorarla. Él solo fué toda una familia para la pequeña, que creció colgada de su cuello hasta los cinco años, llena de halagos y cariños, alegre, linda, traviesa, dedicada a despotizarlo con mil y un caprichos infantiles.

Por aquel tiempo, una tía — la tía Dolores — enviudó y fué a vivir a la casa. Nada se alteró. La niña sólo tuvo una persona más para acariciarla y satisfacer sus antojos con desvelos de madre. Excesivamente nerviosa, sujeta a desmayos, pagando la herencia del histerismo materno, su delicada salud exigía constantes cuidados. Era extremadamente ardorosa en todas sus alegrías y en todos sus disgustos, llena de largos llantos dramáticos y de carcajadas interminables. Muy precoz en el estudio, comprendía inmediatamente cuanto se le enseñaba.

Al abuelo, su único maestro, caíasele la baba de satisfacción, y compartía fraternalmente sus alegrías y sus tristezas, convertido en niño, junto a ella, en un éxtasis perenne de idolatría.

A cada cumpleaños de la niña reinaba en la casa una algazara enorme de fiesta. Todos rivalizaban a quién le ofrecería el mejor regalo. Y aquel día —aquel gran día— llegaba al despropósito el montón de vestidos, sombreros, muñecas, carritos, juegos de mesa de toda especie que inundaban la casa.

La niña se quedaba embobada, sin saber qué preferir. Llenaba salas y habitaciones con el estrépito de sus risas locas. Pero el que siempre resultaba vencedor en aquella rivalidad era el abuelo, agudo observador de los extravagantes deseos de la criatura. Así es que cuando cumplió los siete años, el anciano tuvo una felicísima idea: ofrecerle un obsequio largo tiempo codiciado, una función de circo.

Luisita había visto frente a su casa, en la pared, los grandes anuncios de una grande compañía ecuestre, con sorprendentes figuras de hombres y mujeres, guiando en pie y a un tiempo seis u ocho caballos, pasando de un salto por aros de papel al galope de los animales, haciendo pirámides humanas, proezas de juegos malabares en un círculo de cuchillos largos y afilados. Lo había visto, y suplicaba al abuelo que la llevara a ver “de veras” todo aquello.

Y fué. Era la primera vez que iba. Tuvo alegrías locas, inconcebibles, realmente histéricas, con sólo mirar el anfiteatro enorme, cuajado de gente, gente del pueblo, ruidosa e ingenua, que gritaba, zapateaba, haciendo una bulla formidable. Había gente hasta en el techo, montada en las vigas que sostenían los bancos; cualquier movimiento imprudente podía arrojarlas al suelo.

Como tardara en comenzar la función el público pataleó y la niña se empeñó en golpear también con el bastón del abuelo.

Por fin la banda atacó la marcha de “Aída”. Calmóse el bullicio. Una amazona entró a la pista,

dando saltitos, de la mano del director de la compañía. Aplausos. Un alazán árabe apareció en la arena, y comenzó a recorrerla, apresurado por el restallar del látigo que el director manejaba en medio del circo, acompañándose con interjecciones guturales. La mujer cabalgó el animal de mil modos, saltó en pie sobre el lomo, en pelo, y después, ciñendo entre sus piernas el cuerpo del caballo, siempre a la disparada, echóse toda hacia un lado, casi hasta caer, casi hasta tocar el suelo con la cabeza. Luisita la seguía desde un principio, acongojada de emoción.

Cuando la vió así rompió a llorar desatinadamente, gritando que salvaran a la joven.

En balde se trató de calmar a la niña: los gritos seguían brotando inconscientemente de su garganta. Por fortuna, la música los sofocaba. Una salva de aplausos estalló, sonora. La amazona se levantó, saltó ágil al suelo, agradeció con ademanes graciosos y se retiró corriendo.

Una banda de payasos invadió la pista. Luisita rió entonces con grandes y alegres carcajadas, aunque todavía tuviera los ojos llenos de lágrimas. Rió mucho, exageradamente.

Siguieron otros ejercicios. La niña prestó a todos la mayor atención. Aquella maquina de nervios enfermizos, vibraba a la menor sensación con loca intensidad. Tan pronto tenía explosiones de risa, como sobresaltos de miedo y crisis de espanto.

Hubo un largo intervalo.

Después, con más terror que alegría, vió un enorme elefante domesticado. Los arriesgados saltos de los gimnastas que trabajaban en las barras fijas hacíanla estremecer de miedo. Su cuerpecito sufría una agitación casi convulsiva. Acurrucábase junto a su abuelo, agarrándolo con fuerza, como si se fuese a caer. Y, a pesar de todo, seguía mirando atentamente a los artistas, sin querer retirarse.

Llegó luego un grupo de dos hombres y una mujer, que, subiendo a altísimos trapecios, se entregaron a peligrosos ejercicios. Luisita los miraba

hipnotizada. El cuerpo le temblaba más que nunca, con calofríos de fiebre. Castañeteábanle los dientes. Tendía y crispaba inconscientemente las manos. Sin embargo no apartaba los ojos de aquella asombrosa visión. Lanzaba gritos de miedo al menor salto de los acróbatas. Por último, uno de ellos bajó, el otro colgóse de las corvas en un trapecio muy bajo, mientras la mujer trepaba al más alto, tan cercano al techo, que debía agachar la cabeza.

Aquello era el gran vuelo, un salto loco, una temeridad. Hízose en el público el silencio de las expectativas ansiosas, un silencio de muerte. Ni un sonido, ni una voz.

El hombre del trapecio bajo afirmóse mejor y lanzó una interjección extraña. Inmediatamente, como un paquete salpicado de lentejuelas, la mujer se soltó y cayó de allá arriba. Sus manos tocaron las del hombre, y quedó colgada por las muñecas, riendo. Luisita no acabó de ver aquello. Apenas comprendió que la mujer caía, cuando de su frágil pecho arrancó un grito enorme, un aullido indescriptible de terror, y se desplomó, desmayada. Los aplausos y las aclamaciones llenaron el anfiteatro... Algunos gritaban: "¡Bravo!"... El populacho se desahogaba tumultuosamente, sacudido por una alegría sin nombre. La niña había caído, inanimada, en brazos de su abuelo...

Provínole de esto una afasia histérica. Permaneció dos días como muerta, y cuando despertó, despertó sin habla. La tristeza reinó entonces en aquella pobre casa. No hubo medio que no se tentase para devolverle el uso de la palabra, pero en vano. El viejo, cada vez que la nieta, mirándolo con sus grandes ojos inteligentes, le decía cualquier cosa valiéndose de la mímica, rompía a llorar. Llanto de dolor: llanto de remordimiento. ¿Quién le mandaba llevar a la niña a aquel maldito espectáculo? Y cada día, cada hora, envejecía más prodigiosamente. Dióle por encerrarse en su cuarto, anonadado por negra melancolía, sin querer ver a la

nieta, aislado y salvaje como un oso, mudo él también en su aislamiento voluntario.

Un año después del accidente, en el otro aniversario, no quería presentarse. Cedió por fin al llanto de la nena. Y, a la hora de comer, fué a ocupar su asiento en la mesa llena de convidados. Allá fué, vacilante, cansado, con las espaldas encorvadas como un arco, apoyado en un bastón. Sentóse a la cabecera. El mantel desaparecía bajo el hacinaamiento de los cristales finos, las computeras, los búcaros cargados de flores. Allí se quedó, silencioso.

Un rumor de fiesta henchía la sala. La misma Luisita, acostumbrada ya a su enfermedad, era la primera en esparcir en torno suyo la buena y sincera jovialidad de su infancia. Púsose más nerviosa. Cuando, en la impaciencia de ser comprendida, no se le adivinaban sus gestos y ademanes, vibraba toda ella, irritable, pidiendo a la exageración de la mímica lo que no podía darle la palabra. Hasta llegó a tener un rápido ataque histérico.

La comida pasó ruidosa, en medio de gran vocerío. Sólo el abuelo permanecía silencioso, sin contestar siquiera lo que le preguntaban, fingiendo que comía.

Por fin lo dejaron en paz. Dos veces, al mirar a la niña, apenas si pudo contener el llanto. Entonces clavó obstinadamente los ojos en el plato, para que no lo viesén.

Comenzaron los brindis. Un convidado muy verboso inició la serie dando suelta a un torrente de tonterías. Por todas las bocas pasaron risas disimuladas. Chocáronse las copas. Se bebió. Apenas habían acabado, cuando vieron que Luisita se levantaba. Hízose silencio inmediatamente. Ella, como de costumbre, debiendo brindar la primera por el abuelo, fué acercándosele poco a poco.

El anciano, con los ojos siempre bajos, sintiendo que la nieta se le aproximaba, echóse a temblar de emoción. El silencio era mayor, más profundo: un silencio absoluto, de infinita ansiedad. Sólo se oían los pasos de la niña y el repique de una copa

que la manó del viejo, trémula e inconsciente, hacía sonar contra otra como una campanilla eléctrica. La aproximación de la pequeña fué cosa de un instante, pero a él le pareció un siglo.

Tuvo, sin embargo, un fuerte sobresalto, cuando la vió a su lado, risueña, gentil, copa en mano, brindando en silencio por él... Entonces la miró. La miró con mirada tan triste, tan cargada de remordimiento y de dolor, que la niña se quedó trémula y turbada...

Había lágrimas en todos los ojos.

De repente se oyó un sollozo, un sollozo y dos gritos... El viejo cayó a los pies de Luisita, de rodillas, abrazándola:

—¡Perdón, hija! ¡Perdón!

—¡Abuelito!

Y, faltándoles el equilibrio, rodaron por el suelo, en un abrazo indefinible, la niña con la palabra recuperada, balbuciendo frases entrecortadas, el abuelo mudo de emoción, llorando y besándola...

Y también aquel año, el regalo del abuelito fué el mejor...

EL HOMBRE QUE HABIA MUERTO

Mi querida Leonor:
Heme aquí, encerrado en el manicomio.
¿Tendré que quedarme, tendré que morir aquí?
¿Acabarán por saber la verdad de mi caso? Cada vez tengo menos confianza... Sin embargo, lo que constituye para mí el más doloroso suplicio, es que tú, en vez de tener la certidumbre más absoluta de mi razón, seas la primera en admitir la extraña especie que me hace pasar por loco!

Niegas; finges creer lo que te digo; hasta veo que en estos últimos tiempos te apresuras a ceder al menor de mis deseos. ¿Piensas, sin embargo, que me engaño con eso? Tu mirada es más sincera que tus labios, y me revela el recelo en que vives. A veces, cuando te apresuras a estar de acuerdo conmigo, veo en ello, apenas, la complacencia que se tiene con un enfermo, la complacencia o ¿quién lo sabe? el terror de los que bregan con ciertos venélicos que pueden volverse furiosos de repente.

¡Niega! No importa... Loco o normal, yo siento la verdad. Y aun puede que mi misma supuesta demencia me dé un presentimiento más agudo de esa triste realidad. Hace días, cuando te encontré dormida y quise despertarte con un beso — un beso de amor, de cariño, de mimo. — te sobresaltaste tanto, tuviste en el primer momento una mirada de tan extremado terror que ví clarísimo el fondo de tu pensamiento: “¿Qué querría aquel loco junto a tu cabecera? ¿Iría, en un acceso de furor, a estrangularte entre sus dedos crispados?”

Diez veces, cien veces, millones de veces he recordado, detalle por detalle, la triste escena que tan extrañamente decidió de mi vida. Hoy, como el primer día, veo las cosas del mismo modo, las refiero en el mismo orden, no agregó, no omito circunstancia alguna. Me parece que esto basta para demostrar que no estoy loco. En mi trabajo se me considera como un empleado ejemplar; ahí están mis jefes y mis colegas, que pueden decirlo. Desde que se comenzó a lanzarme esa acusación, hasta me hice más puntual, más escrupuloso en el cumplimiento de mis obligaciones. Sólo hace algunos días ví a un compañero impertinente que, cuchicheando en un rincón, señalaba con disimulo hacia mi lado. Comprendí por sus gestos irónicos que estaba contando mi caso. Tuve ganas de infligirle una corrección enérgica, pero logré contenerme. No se hubiera tomado aquello como el desahogo natural de un hombre escarnecido, sino como el acceso de demencia de un epiléptico.

¡Epiléptico! Ese es el diagnóstico del médico que acaba de salir de aquí. Le conté (y puedes verificar una vez más si he alterado algo toda mi triste historia...).

Le dije que el 21 de enero del año pasado, día de tu cumpleaños, salimos de paseo. Ocultos en un hotel, lejos de los importunos, pasamos juntos el día entero, un día delicioso — el último día feliz de mi vida! Tú estabas hermosísima. Nunca, ni cuando éramos novios, tuviste la irradiación de belleza integral que te vestía en aquellos momentos. No era ya la gracilidad delicada, el mirar indeciso y cándido de la joven de diez y ocho a quien, para ser amada por mí, bastó ser vista un solo instante. Era el pleno florecimiento de la mujer en toda la pujanza de su dominio; era un brillar de ojos lánguidos y señoriles como yo no había visto nunca...

Ya comprenderás que no estoy haciendo frases triviales, ni hilvanando expresiones de vago lirismo sólo para endiosarte. Siempre tuve por tu belleza divina la adoración de un creyente, la locura

(déjame ahora repetir muchas veces esta palabra cruel) la locura de un amante.

Habíamos convenido en dar, por la tarde, un paseo a caballo: subiríamos por el camino de Tiyuca hasta un poco más allá de Bella Vista, y después volveríamos a comer para ir al teatro y volver a casa. tarde de la noche, libres, por fin, de todo importuno.

Fuimos. El tiempo era magnífico; el día nublado pero claro, la tarde fresca. Por la cuesta que se desarrollaba sinuosa y larga, pasaba una brisa venida de lo alto, de adorable frescura. Las hojas susurraban, sacudidas por ella; por ella agitadas. los negros rizos revoloteaban levemente en tu nuca delicada y blanquísima... Las patas de los caballos levantaban nubes de polvo... Cuando nos hallábamos algo arriba, solitos, pasó una recua que bajaba. Bajaban sus seis o siete mulas, en fila, cada una atada a la otra con una cuerda, llevando a ambos lados, pesados zurrónes cubiertos de hojas secas. Los cascabeles de las acémilas repicaban melancólicamente en el silencio de aquella hora. Una polvareda enorme las envolvía. El arriero era un negro viejo; llevaba los pantalones arremangados hasta las rodillas; las piernas y los pies descalzos estaban cenicientos por el polvo del camino... Hizo, al vernos, un humilde saludo. Pasó... Perdióse a lo lejos... El sonido argentino de los cascabeles se desvaneció poco a poco en el aire tranquilo... El polvo se disipó también... Quedó, apenas, el rumor de las hojas y el murmullo de un arroyuelo que debía correr por allí cerca.

Callamos. De aquel momento emanaba una suavidad tan delicada, que sólo el silencio podría traducirla. Ibamos uno al lado del otro; tú, fina, graciosa, elegante, montada con el garbo de una amazona; yo, embebecido en tu gracia, mirándote. línea por línea... Después me dijiste que en aquellos instantes preguntabas al futuro si viviríamos mucho tiempo así, amantes y felices. Yo también hacia el futuro dirigía los ojos, y yo quería el futuro sin luchas ni ambiciones, llano y tranquilo, co-

mo aquella larga carretera... Nada deseaba, fuera de lo que ya tenía: ni otra fortuna ni otro afecto que tu posesión y tu cariño... Y el rumor de las hojas agitadas, el murmullo del arroyuelo parecían envolver, calentar sueños tan buenos, tan puros, tan sencillos.

En esto el rodar de un carruaje que de una curva del camino se precipitó sobre mí, una caída terrible, después nada...

Sólo diez días después conocí que estaba en casa, en mi cuarto, y a mi lado tú, una hermana de caridad y un médico. Todavía recuerdo (¡último destello de felicidad!) la mirada que tuviste cuando te reconocí; recuerdo tus lágrimas de alegría; recuerdo, uno por uno, los besos que me diste... ¡Aun no sabías que yo estaba loco! ¡Loco, — yo!

El médico se regocijaba con los milagros que había hecho, estaba orgulloso de los prodigios de su pobre ciencia... Y yo escuchaba, silencioso, sonriendo... Por fin me quedé un momento a solas con la hermana de caridad.

—Ha estado usted a dos pasos de la muerte, — me dijo.

—¿A dos pasos? — pregunté irónicamente. Y después de una pausa, agregué:

—Hice más que eso, mucho más, hermana; me morí.

La hermana no sabía si yo bromeaba, si exageraba la gravedad de mi mal. Y como se trataba de una religiosa, con el espíritu dispuesto a admitir los milagros de Dios, la conté cuanto me había acontecido.

Efectivamente había muerto. Me fui (no puedo decir por donde), me fui por largos, por extensos, por interminables caminos, espacio afuera, hasta la presencia de Dios. Un ángel me guiaba. Cuando llegué, un resplandor me deslumbró y la voz airada del Señor aturdió mis oídos. El omnipotente, irritado, reprendía al ángel: no era a mí a quien había mandado llamar a su Presencia Gloriosa; no era yo quien "debía morir".

El ángel, con las alas bajas, balbució excusas, y

por largos, por extensos, por interminables caminos, mi alma, conducida por él, volvió de nuevo a la tierra, animó de nuevo mi pobre cuerpo tendido en el lecho mortuario.

Al oírme, la hermana de caridad sonreía. Tómome el pulso para ver si tenía fiebre y me aconsejó descansar. Fatigado por el esfuerzo que acababa de hacer, cerré los ojos. Cerrélos, sobre todo para volver a ver con la imaginación todos los detalles de la peregrinación que hiciera hasta los pies del Señor, cuando por una triste equivocación del Ángel de la Muerte fué a buscarme. ¡Quién sabe si el que debía morir en lugar mío era el pobre arriero, para quien quizá la vida fuera carga harfo pesada!...

Sólo una semana después te referí el hecho. Todavía estoy viendo en tus ojos la dolorosa sorpresa con que recibiste mi confesión. "No pienses en eso" — me dijiste, acariciándome con lágrimas en los ojos, — lágrimas que no lloraban mi muerte sino mi demencia.

¿Que no pensara?...? Pero, es posible haber visto el "Más Allá" de la tumba, saber el misterio impenetrable de la Muerte y no pensar en ello? Ese fué el suplicio de Lázaro, después de resucitado. Nadie puede comprender como yo los versos del poeta:

Pale ressucité qu'avaient mordu les vers!
pouvais tu te reprendre aux soucis de ce monde,
o toi qui rapportais dan ta stupeur profonde
la science interdite â l'avidè univers?

A mí no llegaron a mordirme los gusanos; pero pasé el Abismo: y yo soy "el hombre que murió"... Yo quisiera decir lo que he visto a los que andan por el mundo, quisiera revelarlo a la ciencia...

¡Lo que ví!

¿Por qué, al volver a la vida, no olvidé las visiones de ultratumba? Desde el fondo de mi miseria, preso aquí como un alucinado, quisiera que Dios me concediese la misericordia del olvido irrepara-

ble, o el derecho de ir por la tierra proclamando mi ciencia dolorosa...

Un mes después del día en que abandoné la cama, sentí de repente, al pensar en todo aquello, una perturbación inexplicable: quise hablar, quise revelarte, a ti, lo que quizá no sepa nadie más que yo en el mundo. Un ángel surgió frente a mí, y me dijo:

—¡Calla!

No obstante iba a abrir los labios... El ángel, con rápido ademán, tomó un estileto y me lo clavó en el cerebro... Fué obra de un instante... menos de un instante... un dolor agudo, fulgurante, hizome caer fulminado, trémulo de dolor...

Cuando volví en mí, decían que aquello había sido un ataque epiléptico. Tenía la lengua herida, porque el ángel perverso me la hizo morder para obligarme al silencio... El médico que creía haberme salvado la vez que me morí, orgulloso todavía con su triunfo, explicó mi caso en tono doctoral y categórico. Del golpe me había quedado, según su opinión, un proceso inflamatorio localizado en cierta parte del cerebro; esto explicaba mis alucinaciones. Y aun pudiera ser que tocara el cerebro algún fragmento de hueso de la parte interna del cráneo, rotó en la caída. Y en cuanto el huesecillo, la esquirla, irritaba el cerebro, producíanse los ataques epilépticos. Agregó que mi deseo de hacer supuestas revelaciones, podía considerarse, — y creo que estas fueron sus palabras, — “un aura psíquica”.

Me pareció ingenioso. Sin embargo, sentí profundo desdén por la ciencia humana... ¡Quién sabe si otras enfermedades, falsamente explicadas, no tienen la misma causa que la mía! ¿Seré realmente el único que ha muerto por equivocación?...

Ayer, uno de mis compañeros en esta casa de miseria (¿quién puede decir si es, en efecto, un loco?), se volvió hacia mí, clavó sus ojos en los míos y se quedó mirándome largamente, con una obstinación pertinaz e inquieta. Su mirada tenía

algo de extraño... En cierto momento, allá en el fondo de sus pupilas; dilatadas por inexplicable espanto, creo haber visto el Secreto,—el Secreto pavoroso. En seguida apartóse de mi lado, riendo a carcajadas, retorciéndose en contorsiones de grandes risas estridentes, que le sacudían el pobre cuerpo desarmado. ¿Adivinaría mi caso? ¿Y por qué, si lo adivinó, quiso escarnecerme así?

Para evitar el escarnio de los hombres quise justamente hablar tantas veces. Pero siempre, en el momento decisivo en que se abrían mis labios, el Angel, — el Angel descuidado a quien tan ásperamente reprendió el Señor, — surgió junto a mí y me clavaba su estileto en el cerebro!

El médico me dice que se me acusa de haber agredido a un transeunte. El hecho es completamente distinto. En plena calle acometiome un deseo repentino de hablar. Iba a hacerlo... En esto, a dos pasos de mí, ví al Angel que me mandaba callar. Sentí ganas de estrangularlo: avancé con las manos crispadas de cólera... El, rápido, hirióme en el sitio acostumbrado! Rodé, rugiendo de dolor... Cuando desperté me hallaba aquí. No es a un hombre sino al desidioso mensajero de Dios a quien debo mi desgracia y a quien quiero matar! ¡Sin embargo, han creído que era un hombre! ¿Qué tengo yo que ver con los hombres?...

¿Podré algún día encontrar distraído o ausente a mi terrible custodio, y tener tiempo de decir las palabras necesarias para revelar el misterio? — No sé, pero no me desaliento. A fuerza de meditar he hallado una fórmula de diez palabras — diez palabras tan sólo! — en las que se condensa el secreto.

Letra por letra la veo ante mis ojos. Pienso y vuelvo a pensar en ella. En cualquier momento en que la vigilancia del Angel disminuya, tendré tiempo de pronunciarla y aun puede que de escribirla rápidamente, de un tirón, antes de que el estileto llegue, y me hiera y me postre! ¡Diez palabras!...

Dice el médico que, para quedar curado, debo permitir que se me practique la trepanación, que se me abra un punto del cráneo para extraerme la

esquirla que me irrita el cerebro y es causa de mis ataques. ¡Imbécil! Si él, si otro cualquiera abriéndome un agujero en la cabeza pudiese ver dentro, escritas en letras de fuego las diez palabras que no puedo decir, yo dejaría que me levantasen el cráneo entero, de la frente a la nuca, como se alza la tapa de un cofre que guarda una joya preciosa! ¡Y qué inapreciable joya es la ciencia suprema de lo que está más allá de la Vida, en los dominios fabulosos de la Muerte!

(Aquí la letra era ya nerviosa, rápida, casi ilegible, tan a prisa se habían trazado las palabras).

Tengo un presentimiento: El Angel debe estar lejos. Aprovecharé la ocasión. "La fórmula es...

(Y, de pronto, soltando la pluma, llevóse las manos a la cabeza, donde acababa de herirlo el estileto, y lanzó un grito horrible... Rodó por tierra... Los ojos vueltos a lo alto, no dejaban ver más que lo blanco, surcado de venas rojizas... Las piernas y los brazos tendíanse y se encogían, con bruscos espasmos, convulsivos... La lengua, proyectada fuera de la boca, dura y roja, se torcía hacia un lado. Una espuma sanguinolenta manchaba las comisuras de los labios...)

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

Biblioteca Argentina de Letras



DIRECCION GENERAL DE LIBROS

CUADERNOS PUBLICADOS:

AÑO PRIMERO

- | | |
|------------------------|--|
| 1. ALMAFUERTE | Evangélicas |
| 2. RABINDRANATH TAGORE | Poemas |
| 3. JUAN B. JUSTO | Labor Periodística |
| 4. JUAN PEDRO CALOU | Breviario de los Tristes |
| 5. LAO-TSÉ | El Libro del Sendero y de la Línea Recta |
| 6. RUBÉN DARÍO | Cabezas |
| 7. OSCAR WILDE | Balada de la Cárcel de Reading |
| 8. LEOPOLDO LUGONES | Cuentos |
| 9. EDGAR POE | Las Campanas y otros poemas |
| 10. JOSÉ INGENIEROS | Psicología de la Curiosidad |
| 11. CLEMENTE ONELLI | Aguafuertes del Zoológico |
| 12. ANDRÉS TERZAGA | Líneas |

AÑO SEGUNDO

- | | |
|----------------------------------|--------------------------|
| 13. RAFAEL ALBERTO ARRIETA | Canciones y Poemas |
| 14. ALMAFUERTE | Amorosas |
| 15. E. HERRERO DUCLOUX | Del Diario de mi amigo |
| 16. JOSÉ ENRIQUE RODÓ | Parábolas |
| 17. M. MEDINA BÉLANGER | Meditaciones |
| 18. RABINDRANATH TAGORE | Poemas |
| 19. MARLANA ALCOFORADO | Cartas Amatorias |
| 20. GIOVANNI PAPINI | La oración del buzo |
| 21. JOSÉ INGENIEROS | La intimidad sentimental |
| 22. FRAY MOCHO (José S. Alvarez) | Cuentos |
| 23-24. RAFAEL OBLIGADO | Santos Vega |

AÑO TERCERO

- | | |
|-------------------------|---------------------------|
| 25. JUAN MONTALVO | Prosas |
| 26. GIOSUÉ CARDUCCI | Odas Bárbaras |
| 27. AGUSTÍN ALVAREZ | Ensayos y Anécdotas |
| 28. ANTON CHEKHOFF | Ojos con Sueño |
| 29. GOYCOECHA MENÉNDEZ | Páginas Selectas |
| 30. ANATOLE FRANCE | Crainquebille |
| 31. FERNÁNDEZ MORENO | Antología (1915-1918) |
| 32. EDUARDO WILDE | Mar Afuera |
| 33. GABRIELE D'ANNUNZIO | Tierra Virgen |
| 34-35. FRANZ TOUSSAINT | El jardín de las caricias |
| 36. GUILLERMO VALENCIA | Poemas |

CUADERNOS PUBLICADOS:

AÑO CUARTO

- | | | |
|--------|---------------------------|---------------------------|
| 37-38. | G. BERNARD SHAW | Vencidos (Comedia) |
| 39. | EDMUNDO MONTAGNE | Poesías |
| 40. | REMY DE COURMONT | Algunas Páginas |
| 41. | 'ANTIGUO TESTAMENTO | El cantar de los cantares |
| 42-43 | ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ | Jardines de Francia |
| 44 | ANTONIO MONTEAVARO | Sus mejores cuentos |
| 45-46 | PEDRO PRADO | La casa abandonada |
| 47-48 | JOSÉ MARTÍ | Versos. |

AÑO QUINTO

- | | | |
|-------|------------------------|------------------------------------|
| 49. | HENRI DE RÉGNIER | El sexto matrimonio de Barba Azul. |
| 50-51 | ROBERTO PAYRÓ | El casamiento de Laucha |
| 52. | EUGENIO D'ORS | Las obras y los días |
| 53. | C. GUIDO Y SPANO | Poesías. |
| 54. | MEDEIROS E ALBUQUERQUE | Flor Seca y otros cuentos. |

Esta Administración ofrece algunas colecciones al precio de veinticinco pesos cada una, comprendiendo el año V, en curso de publicación.

Cuaderno de próxima publicación:

EL POETA (ensayo), por R. U. EMERSON.

SUSCRIPCIONES:

AÑO \$ 3.00 %

Precio de este número: 25 cts.

Número atrasado: 0.40 centavos

Correspondencia: Apartado Postal 66 - Bs. As

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras